

colección rúbrica



JACOBO J. OTERO MORAÑA



OPERACIÓN SIDI
LOS CABOS SUELTOS DEL 11-S

esstudio
ediciones

El sol se había puesto ya en el horizonte, dejando en el cielo ese tono anaranjado típico de los atardeceres tropicales. Aquella calma solo se veía levemente alterada por el lejano romper de las olas, que morían sin demasiada resistencia en la playa. Eso precisamente es lo que estaba observando el doctor Kadhumi mientras se mesaba la barba; si bien sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí.

Hacia escasos momentos, el carillón situado en el recibidor dio la última campanada de la serie, marcando las seis de la tarde de un anodino once de septiembre, en aquella isla sin nombre frente a la costa somalí.

Hassan Kadhumi recordaba una anécdota que le sucedió durante la cena en honor del nuevo embajador estadounidense en Nairobi. Había acudido invitado por un amigo común, aprovechando que estaba en la ciudad para impartir unas conferencias sobre su especialidad.

—Así que es usted médico —le dijo la esposa del anfitrión en tono jovial.

—No, señora. Soy poeta —y al ver el gesto de extrañeza en la dama, continuó—. Mi doctorado es en literatura árabe.

—¡Ah! Disculpe mi torpeza, doctor Kadhumi.

—No se preocupe —sonrió él—. Me ocurre con frecuencia.

Y lo cierto es que así era. Hassan Kadhumi tuvo que explicar esa cuestión del doctorado en tantas ocasiones, que ya había perdido la cuenta. A sus sesenta y un años, la vida se ve desde una perspectiva totalmente distinta a la de los jóvenes. Te percatas de que no hace falta decir nada, pues las miradas son tan intensas e irradian tal sabiduría, que las personas a tu alrededor enmudecen por miedo a parecer ignorantes.

Ese halo de intelectual enigmático le había venido muy bien a lo largo de todos estos años para desarrollar su verdadera misión. Y aunque para él las dos actividades que ocupaban su vida eran perfectamente compatibles, lo cierto es que más de uno habría tenido serios dilemas morales compartiendo silla y mantel con el afamado doctor Kadhumi, caso de saber a qué se dedicaba realmente.

Se disponía a dar un sorbo a su té, cuando oyó cómo abrían la puerta de la habitación y alguien avanzaba con paso acelerado hasta la balconada. Un

segundo antes, sus ojos observaban aquel hermoso cielo en el que pronto aparecerían las primeras estrellas.

—¡Padre!, pon la televisión. No te lo vas a creer.

—Leila, cariño —contesto el poeta—, ¿qué ocurre?

—Será mejor que lo veas tú mismo —contestó la joven.

Gracias a las antenas parabólicas que había hecho instalar, tenía buena calidad de imagen. Sintonzó *Al-Jazzira*, y lo que apareció ante sus ojos le dejó perplejo por unos instantes al ver la gran humareda que brotaba de una de las Torres Gemelas en el *World Trade Center* de Manhattan. Los datos eran todavía confusos, pero una voz en «off» informaba de que una avioneta se había estrellado en la Torre Norte.

Sin tiempo a desarrollar la noticia, un nuevo avión impactó en la Torre Sur. En ese momento, lo que en principio se describiera como accidente, pasó a calificarse de otra manera. Los Estados Unidos estaban siendo atacados en su propio territorio.

—Ha empezado ya —dijo Kadhumi sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Era eso lo que estabas esperando? —preguntó Leila

—Sí, hija mía. El plan del jeque Osama Bin Laden por fin se ha cumplido. Y yo, al igual que tus hermanos, estamos orgullosos de haber colaborado en ello.

»Graba a fuego en tu retina lo que estás viendo, Leila querida, porque hoy es la primera batalla que pondrá fin al imperio del mal.

—Pero padre, ¿y si reaccionan?

—No dudes que lo intentarán —respondió él—. Pero recuerda lo que te digo: «Hace más de cinco siglos, tomamos Constantinopla acabando con los bizantinos. Sin embargo, algo falló y los europeos fueron capaces de reagruparse. Esta vez no cometeremos el mismo error. Nuestro próximo golpe será de tal contundencia, que eliminaremos de una vez por todas a los cruzados».

»Y ahora, si me disculpas, debo hacer una llamada.

2002

(Florida/Africa Oriental)

Los cuatro hombres accedieron al interior de la sala de juntas sin formalidades ni ceremonias. No solo se conocían desde hacía años, sino que habían participado juntos en operaciones de las que no quedaba constancia escrita, pero que contribuyeron a salvar muchas vidas inocentes.

Sin embargo, y por motivos que aún se estaban analizando, algo había fallado hace un año de forma estrepitosa, resultando de ello el peor atentado terrorista que el mundo recordaba.

De poco vale disponer de los más sofisticados equipos tecnológicos, si después no se cumple con los dos requisitos básicos una vez conseguimos la información: 1) compartirla con otras agencias gubernamentales, obteniendo así una visión de conjunto; y 2) una vez hecho eso, transmitirla a los agentes de campo para que atajen el problema en su punto de origen.

Por desgracia, ya nada podía hacerse para cambiar el pasado. Pero sí estaba en sus manos evitar que algo así volviera a ocurrir. Y por eso mismo se habían reunido aquella mañana.

—¡Oye, Alex! —dijo el más corpulento de los presentes—. Cuando me llamaste el otro día para venir a Fort Lauderdale, pensé que la «Compañía» nos tenía preparado un retiro de lujo.

»En cambio, me encuentro en una instalación de la marina abandonada, con tres tipos casi tan feos como yo, y sin nada que echarnos a la boca.

—¡Eh! —protestó el aludido—. En esa mesa hay café y rosquillas.

—¡Cojonudo!

Todos sonrieron ante la contestación de Carlos Mariño. Y es que él y Alexander McNail eran dos leyendas vivas de la CIA, además de grandes amigos.

Se comentaba por los pasillos de Langley, que una vez McNail salvó la vida de Carlos cuando este era jefe de Puesto en Tailandia. Años después, unos días antes de comenzar la operación «Tormenta del Desierto», fue Mariño el que los sacó a todos vivos de una emboscada. Quien más se lo agradecía

de los presentes era Louis Sinclair, que por entonces ostentaba el rango de capitán paracaidista en el ejército francés. Curiosamente perdía el ojo izquierdo días después en una explosión a las afueras de Brest. El grupo lo completaba Roger Donovan, un rhodesiano que servía en los SAS británicos desde que Mugabe le cambió el nombre al país. Conocía a Alex desde mediados de los ochenta, cuando ambos evitaron un atentado en el aeropuerto de Viena, salvando de manera indirecta al Premier Gorbachov y a su naciente «Perestroika». Luego volvieron a verse en Gibraltar, justo antes de la operación del 88 en la RDA.

Pero lo que de verdad les unió fue lo sucedido aquel día la costa yemení, fortaleciendo los lazos entre todos ellos, y aunque ya habían pasado más de diez años, ese lazo nunca se había diluido.

Fue precisamente Donovan, que pasó su infancia en Malaysia, quien sugirió un nombre para ellos: «Somos un Dantai» —les dijo—. Y es que esa palabra de origen chino llevaba aparejado un significado filosófico muy acorde con lo que sentían.

Pero todo eso era el pasado, y hoy estaban allí para hablar del futuro.

—Muchachos —dijo McNail, usando un tono más ceremonioso—. Como podéis imaginar, os he llamado para un asunto de vital importancia. De lo que me contestéis, tras escuchar lo que vengo a deciros dependerá buena parte de la estrategia global en nuestra lucha antiterrorista.

—¿De qué se trata? —preguntó Sinclair en nombre de todos.

—De evitar que otro «11 de septiembre» vuelva a suceder en cualquier lugar del mundo.

La mención de tan luctuosa fecha provocó un silencio entre los presentes. De una manera u otra, todos sentían un cierto remordimiento, incluso una porción de culpa, al pensar que se podía haber hecho más. Si todo funcionase como debía, los atentados se habrían evitado y sus responsables materiales estarían entre rejas.

—Alex, creo que hablo en nombre de todos cuando te digo que da igual lo hayas pensado. Estamos contigo a muerte.

—Gracias, Roger —el hombre de la CIA fue mirando a sus compañeros uno por uno, y lo que vio en sus ojos le convenció de que no se había equivocado al reunirse con ellos—. Como os decía —siguió McNail con su discurso—, lo sucedido el año pasado cambió de forma radical el mundo, y con ello, la forma de entender los conflictos. Durante los tiempos de «La Guerra Fría», teníamos un enemigo conocido y, por tanto, fácil de ubicar. Su derrota era difícil, pero no imposible, como bien sabemos todos. Ahora nos

enfrentamos a un adversario totalmente diluido en un entramado de organizaciones; sin país, ni gobierno que lo apoye de forma explícita, cosa que le convierte en más complicado aún de derrotar.

»Hemos visto muy a las claras cómo nuestra concepción y funcionamiento de las diversas agencias de inteligencia han quedado en entredicho. Ya sea por falta de comunicación, por fallos propios, o simplemente por mala suerte, lo cierto es que no hemos podido evitar los atentados de Al-Qaeda. Y eso a pesar de los numerosísimos indicios de que algo gordo se fraguaba ante nuestras narices.

»Os preguntareis cuál es el problema entonces. Yo os lo diré: seguimos trabajando con los mismos parámetros de actuación que cuando nos enfrentábamos a los soviéticos. Pues bien, eso se acabó. Todo lo que creíamos saber ya no sirve para nada. Hay que empezar de cero; y en el caso de la CIA, a quien sigo representando, desde menos de cero.

»El enemigo al que nos enfrentamos no dudará en eliminarnos a todos para conseguir sus fines. A ellos no les vamos a deslumbrar con la opulencia del mundo occidental. Es más, eso les hace detestarnos con más odio si cabe. Su objetivo declarado es «el califato universal», y tened por seguro que no pararán hasta conseguirlo.

»Por lo pronto, han golpeado primero y, aun así, no son conscientes del daño que nos han causado. Puedo decir sin temor a equivocarme que, si en los próximos seis meses se produjese otro atentado de magnitud similar al del *World Trade Center*, el mundo libre caerá en una psicosis de muy difícil recuperación. Hablando en términos históricos, sería similar al pánico que se vivió en las Cortes europeas del siglo XVII, cuando los otomanos sitiaron Viena.

—Creo recordar que en esa ocasión les ganamos —intervino Mariño— gracias al bueno del rey de Polonia.

—Efectivamente —contestó McNail—. Y esta vez volveremos a vencer. Pero no podemos dejarles dar ni un paso más. Antes, cuando mencioné el 11-S, vi cómo vuestras miradas se ensombrecían con una mezcla de culpa y vergüenza. Yo no soy ajeno a eso. Es más, estoy convencido de la parte de responsabilidad que tenemos. A lo largo de los años ochenta, nos pusimos en contacto con los líderes afganos, armándolos hasta los dientes. Toda ayuda parecía poca con tal de minar el poderío militar soviético. No nos dimos cuenta de que estábamos alimentando al nuevo monstruo, y de que no siempre se cumple la máxima «El enemigo de mi enemigo es mi amigo».

»Como ya os dije, la historia está llena de ejemplos; pero desgraciadamente, seguimos sin saber interpretarlos.

—Entonces, ¿qué nos propones? —quiso saber Sinclair.

—Louis, estoy autorizado para crear una organización operativa que golpee a esos malnacidos allí donde se encuentren y con sus mismas armas. Evidentemente, no habrá nada por escrito. Tendremos todo el apoyo que necesitemos, tanto en fondos como de material. La cobertura vendrá de las partidas aprobadas para la CIA, de manera que una investigación del Congreso no detectará la más mínima irregularidad. En todo caso, los únicos responsables seremos el presidente, el director de «La Agencia», y yo, como jefe de operaciones.

»Vosotros seréis una especie de asesores privados. En ningún momento se os hará renunciar al puesto y graduación que tenéis en la actualidad. ¿Alguna pregunta?

—Por mi parte no —contestó Carlos—. ¿Pero en qué nos convertimos entonces?

—En el auténtico Dantai. Unidos por una finalidad y espíritu común. Y junto a nosotros, podemos echar mano de los expertos que requiera cada misión. En definitiva, algo similar a lo que ya hicimos en el ochenta y siete durante la incursión en Laos.

—SEAL, Delta Force, marines, agentes de la CIA —recapituló Mariño—. Y ahora, los nuevos aliados. ¡Joder qué tropa!

Roger Donovan y Louis Sinclair le miraron divertidos.

—Y todo aquel que se nos pueda unir en el futuro —continuó McNail—. ¿Qué me decís entonces?

—Solo una cuestión, Alex —quiso saber el hombre del SAS—. ¿Propones que nos movamos por el mundo eliminando la escoria terrorista, al estilo del Mossad?

—Eso sería una parte. La otra está en traer aquí a todos los que puedan aportarnos información, bien de sus líderes, o sobre atentados que se estén planificando.

»Vamos a hacer que esa gente deje de sentirse impune, y que comiencen a notar sobre sus nuca el aliento del perseguidor. En definitiva, que sean ellos los que tengan miedo y no los inocentes.

—Y por casualidad, ¿no tendrás ya algún objetivo? —preguntó Mariño con la sagacidad que le daban sus muchos años de servicio.

—Pues sí, viejo zorro —sonrió McNail—. Se llama Hassan Kadhumi. ¿Le suena a alguien el nombre?

Por respuesta, solo obtuvo otro embarazoso silencio.

—Hassan Kadhumi, también conocido como «El Doctor», nació en Mogadiscio en 1940. Su padre fue una especie de héroe local, aunque su

mayor logro radica en ser un superviviente nato. Colaboró con los italianos de Mussolini, luego con los británicos, y finalmente con los rusos. Pese a todo, siempre fue un musulmán devoto.

»Mandó al joven Hassan a la universidad de El Cairo, donde creemos que entró en contacto con «La Hermandad Musulmana». Ahí empezó a fraguarse la clase de hombre a quien hoy debemos enfrentarnos, considerado la cabeza de Al-Qaeda en el África Oriental.

—¿Pero en qué te basas para hacer esa afirmación? —quiso saber Donovan.

—En el testimonio de Wahid-El-Hage, quien como sabréis, es el único superviviente del comando que perpetró los atentados contra nuestras embajadas en Kenia y Tanzania. Este «valiente muyahidín», se bajó de uno de los camiones antes de que su compinche lo estrellara contra su objetivo. «Eso sucedía en agosto de 1998. Pero luego vino la matanza del USS Cole», en el puerto de Adén, y empezaron las sospechas. Hay que tener en cuenta que, entre ambas acciones, no transcurrieron ni dos años.

»Todo ello nos hizo pensar que alguien coordinaba de manera muy sutil las operaciones en el Cuerno de África y la zona adyacente del Mar Árabe. ¿Pero quién?

»Presionamos a El-Hage, quien habló de alguien llamado el Doctor. Al principio solo era una referencia vaga. Un tipo que tenía línea directa con Bin Laden, aunque desconocíamos todo sobre él. Ni nombre, ni rostro, ni voz. De todas formas, decidimos ahondar en esa línea de investigación, descubriendo que el tal Doctor era una realidad.

»Interceptamos mensajes encriptados, y casi imposibles de descifrar. Y aún más difícil resultó triangular una ubicación. Por desgracia los descubrimientos llegaron demasiado tarde como para evitar la barbarie del 11-S.

»En medio de la vorágine de ese día, un operador captó algo en nuestra base de Diego García. Fue un comunicado breve, pero llamó la atención por el tipo de código que utilizaba. Evidentemente no era nuestro, y al tratar de cotejarlo, vieron que coincidía con las emisiones misteriosas de los meses precedentes. Alguien llamado El Doctor felicitaba al Jeque por «la jugada magistral que dejaba a los rivales fuera del negocio». Pese al poco tiempo que duró la llamada, supimos que el origen estaba en un punto indeterminado del Índico, próximo a la costa africana.

»Volvimos a hablar con El-Hage. En esta ocasión fue más locuaz, aunque seguía sin darnos un nombre concreto. El muy cabrón se guardaba el as en la manga, buscando algún beneficio a la hora del juicio.

»Mientras, con ayuda de la Agencia de Seguridad Nacional, empezamos a buscar emisiones codificadas, próximas a fechas de atentados, y así fue como encontramos el eslabón que nos faltaba.

»Los ataques de Nairobi y Dar Es Salam fueron el 7 de agosto del noventa y ocho; y el del USS Cole, el 12 de octubre de dos mil. En ambos casos descubrimos mensajes encriptados pocas horas después de ocurrida la acción. Ahora necesitábamos que se produjera una nueva comunicación, pero sería cuestión de tener paciencia.

»Aprovechando nuestra presencia en el Golfo Pérsico, dejamos un portaaviones un poco descolgado en su tarea de patrulla, de manera que un avión *Arwacs* permaneciese siempre en el aire, en misión de pesca.

»Y vaya si pescó. Con motivo del ataque sobre Afganistán, El Doctor llamó al Jeque para preguntar si había recibido daños, y en todo caso, ofrecerle cobijo.

»Así descubrimos el punto exacto de la transmisión, de manera que en la siguiente pasada de un satélite KH-11, fotografiamos la zona hasta las raíces.

Alexander McNail detuvo aquí su exposición para encender el proyector. Luego empezó a manipular su ordenador portátil. En la pantalla desplegada en la pared, aparecieron fotos de gran resolución mostrando una casa colonial vista desde el aire. A nadie le pasó desapercibida la existencia de un perímetro vallado.

—¡Joder, joder! —exclamó Mariño—. A este pájaro le gusta vivir bien.

—Ya lo creo —añadió Sinclair.

—Y protegerse —dijo Donovan, empezando a analizar las imágenes con la mente del oficial de comandos que era.

—Señores, esta casa se encuentra frente a la costa somalí, y en ella residen nuestros objetivos —les informó McNail.

—Perdona, Alex, ¿has dicho objetivos en plural?

—Así es, Carlos. Ahora os lo explico. Hassan Kadhumi tiene tres hijos, y todos colaboran con él. Durante los últimos meses les hemos seguido, y tenemos pruebas irrefutables de que hacen funciones de correo con diversas células durmientes.

—Pero, ¿cómo acabaste por relacionar esa casa con el nombre de Kadhumi, si nadie sabe nada sobre él?

—Porque una vez tuvimos las fotos, volví a hablar con El-Hage. La verdad es que me salté unas cuantas leyes federales, pero era la única manera de obtener la información. Mi hermano John y yo nos quedamos a solas con el detenido. Le puse las fotos delante de la cara y esperé su reacción. Se veía

a dos jóvenes en una piragua, así que le pregunté quiénes eran. Vi cómo El Hage palidecía por primera vez, pero aun así permaneció en silencio.

—Si se lo digo soy hombre muerto —dijo al fin el terrorista.

—Y si no, seré yo quien te mate, hijo de puta.

»Debió ver algo en mi expresión, tal vez ese estigma que llevamos los que en alguna ocasión hemos sacado una vida, y que nos distingue del resto de los hombres. Eso le convenció de que mis palabras no eran la típica bravuconada. O hablaba en aquel momento, o ya no habría última baza que jugar.

—Son los hijos de Hassan Kadhumi —contestó vencido—, El Doctor.

—¿Tan revelador es el nombre de Hassan Kadhumi? —quiso saber Mariño—. ¿Y por qué ese nombre de El Doctor? La verdad es que suena a cuento barato.

—Para las dos preguntas tengo respuesta, y seguro que te va a sorprender. Supongo que todos conocéis el caso de Wael Zwaiteer. Era un poeta palestino afincado en Roma, famoso por traducir *LAS MIL Y UNA NOCHES* al italiano. Esa, al menos, era la faceta que se le conocía. El problema, o más bien «su problema», resultó su implicación con la lucha armada, cosa que le convirtió en objetivo del Mossad tras la matanza de Múnich.

»Tuviera o no que ver con la muerte de los atletas hebreos, lo cierto es que Zwaiteer llevaba una doble vida. Por un lado, el inofensivo intelectual. Por otro, el activista, patrón que se repite en el caso que ahora nos ocupa.

»Hassan Kadhumi tiene un doctorado en Literatura Árabe por la Universidad Al Azhar de El Cairo, y a su vez es el jefe de Al-Qaeda en el África Oriental. Su relación directa con Osama Bin Laden y Ayman Al Zawahiri le convierten en una pieza clave de nuestra lucha.

»El plan consiste en coger a ese hombre, pero, además, debemos traerle aquí vivo. Si conseguimos sacarle todo lo que sabe, nos llevará hasta los principales cabecillas de la organización de manera que asestaríamos un golpe definitivo. Si Kadhumi cae, puede ser el principio del fin de Al-Qaeda.

—Con todo lo que nos has dicho, dan ganas de salir corriendo a echarle el lazo a ese mal nacido.

—Pero no lo haremos, Louis. No antes de tener preparado un plan que sea poco menos que infalible.

—Y mientras, ¿qué pasa si el pájaro levanta el vuelo?

—¡Oh, no te preocupes, Carlos! Desde hace seis meses, El Doctor está vigilado por nuestro «Gran hermano» particular noche y día. Sabemos al milímetro quién entra y sale del recinto, y dado que a la isla solo puede accederse en barco o helicóptero, cualquier viajero sería interceptado.

—De todas formas, me gustaría organizar una avanzadilla.

—Así se hará, Roger. Pero a su debido tiempo. Ahora lo fundamental es que reclutemos a nuestro equipo de colaboradores. Como imagino que Carlos y tú querréis estar sobre el terreno cuando se dé luz verde a la operación, bastará con ocho personas más.

»Quiero que nos volvamos a reunir aquí dentro de siete días, analizando de forma exhaustiva la lista de candidatos. Mientras, yo iré aprovechando el tiempo para darle forma al plan ejecutivo.

»Si todos estamos de acuerdo, pasaremos a la fase de entrenamientos, y de ahí, a la observación directa *in situ*. Pero esto sucederá setenta y dos horas antes de la acción. ¿Alguien quiere añadir algo más?

—¡¡Que vamos a por ellos!!

Un mes después de la primera reunión en Fort Lauderdale, el Dantai era una realidad. Carlos Mariño y Roger Donovan encontraron a los componentes idóneos, tras lo cual, Alex utilizó su magia particular (también conocida como influencia) para que los elegidos fueran reasignados desde sus unidades habituales al grupo especial.

En un tiempo récord, tenían a su disposición a dos hermanos canadienses del Cuerpo de Fusileros, famosos por haber sido capaces de abatir a su objetivo a una distancia de casi dos kilómetros. Junto a ellos llegaron tres muchachotes de la Delta Force, un sargento del SAS británico y un paracaidista alemán. Todos prestaban servicio en Afganistán, con lo cual, el contingente internacional que opera allí se vio privado de algunos de sus mejores hombres.

El equipo se completó con un cabo francés de la Legión Extranjera que ya tenía innumerables batallas sobre sus espaldas tras servir en el África central.

Pese a la aparente heterogeneidad de los componentes, su profesionalidad quedó pronto de manifiesto. Nada más recibir las primeras explicaciones sobre la misión, empezaron a trabajar como si llevaran sirviendo juntos toda la vida. A ello contribuyó la presencia de Donovan y Mariño como dos componentes más, sin rango ni privilegio.

En un islote deshabitado en las Bahamas, se levantaron maquetas a tamaño natural de la mansión de Kadhumi. Una vez hecho esto, se pasó a planificar la estrategia más adecuada para entrar en la casa, sacar a sus habitantes vivos y preservar la seguridad de los asaltantes.